



HERNÁNDEZ, Isabel. (ed.): *El retrato en la traducción literaria: heroínas decimonónicas*. Escolar y Mayo Editores: Madrid. 2016. Colección Babélica Pensamiento y Traducción. 318 pp.

D.C. HERNÁNDEZ, Isabel. (ed.): *El retrato en la traducción literaria: héroes decimonónicos*. Guillermo Escolar editor: Madrid. 2018. Colección Babélica Pensamiento y Traducción. 302 pp.

Toda traducción implica un pacto entre el traductor y el lector. Un pacto más o menos tácito, una ley no escrita entre dos desconocidos y, sin embargo, admitida por ambas partes. El concepto de lo que significa llevar a cabo la traducción de una obra literaria ha sido entendido de diferente forma por los traductores y lectores de cada época. Las concesiones admitidas en cuanto a la literalidad del mensaje de la obra original o de la readaptación cultural de determinados pasajes, otrora incluso deseadas y señal de buen gusto, pueden llegar a tornarse inadmisibles con el paso del tiempo. No es que cada época necesite una nueva traducción de las obras clásicas, es que es indispensable que se lleven a cabo para renovar dicho pacto entre el traductor y el lector: cada nueva traducción acota los límites de lo permitido al próximo traductor, al tiempo que ensancha la recepción de la obra original al lector del presente. Ninguna nueva traducción hace desaparecer las anteriores, sino que las desnuda de toda añadidura o carencia, del mismo modo que deja al descubierto sus virtudes.

Isabel Hernández, directora del grupo de investigación INTRAL y editora de los dos volúmenes que aquí se reseñan, afirma en el epílogo *A modo de conclusión* del segundo volumen que «las traducciones anteriores a la década de los años 80 ponen de manifiesto unos resultados que no corresponden a las expectativas del lector actual». Para llegar a semejante conclusión, seiscientas páginas y dos volúmenes después, se estableció un acertadísimo y jugoso marco de análisis desde el punto de vista literario y traductológico como son los retratos de los personajes femeninos y masculinos de las novelas o relatos de autores decimonónicos.

No obstante, sendos ejemplares no solo se detienen en el análisis pormenorizado de los retratos de los personajes escogidos, sino que los investigadores introducen y comentan las herramientas filológicas que los hacen posibles, al tiempo que se detienen a contextualizar a cada autor con su época, su estilo, su obra y las particularidades narrativas e intenciones expresivas de las figuras objeto de estudio. Por muy paradójico que pueda resultar, el retrato de los héroes y las heroínas conforma el más fiel reflejo de cada uno de sus autores y las más sublimes metáforas de sus destinos particulares. El lector tendrá la sensación de haber entendido mejor a Theodor Storm, Charles Dickens, Gottfried Keller, Gustave Flaubert, William M. Thackeray o Theodor Fontane, por citar alguno de los nombres de los autores analizados, a través de los retratos de sus protagonistas y, con ellos, a la sociedad de la que forma-

ron parte y las expectativas vitales que subyacían tras cada personaje, los arquetipos y estereotipos, tanto de las heroínas como de los héroes.

No se trata de meros análisis de traducción comparada, sino que se ha conseguido mensurar y ponderar la calidad lingüística y los matices culturales de los originales y comprobar su reflejo en las traducciones, la fidelidad de los retratos, a la vez que se examina el peso de las antiguas traiciones en la recepción de las obras, ponderando asimismo los aciertos de cada traductor, la destreza y la originalidad en el hallazgo de soluciones lingüísticas a los desafíos que plantean las expresiones en su lengua original.

Cada capítulo de ambos estudios cuenta con una introducción a la vida y a la obra de los autores, así como con una aproximación al personaje retratado y a las particularidades de sus retratistas. Como umbrales, tanto de entrada como de salida, al estudio de los retratos de las heroínas y de los héroes se han dispuesto en cada volumen una serie de reflexiones acerca de los cánones de escritura que condujeron y cristalizaron en las diferentes narrativas decimonónicas y de la poética del retrato, de la semántica física y su refracción en la psique, la actuación y el diálogo de los personajes. Por lo que ambos libros van más allá de lo traductológico para indagar en cuestiones poéticas, sociológicas y culturales de las lenguas inglesa, alemana, italiana, francesa y española. El capítulo *Escribir pintando* de Isabel Hernández es una lectura indispensable para comprender la génesis literaria de los cánones descriptivos y de los usos y costumbres que subyacían tras cada época y que saltaron en pedazos, o no tanto como se pueda creer, con la llegada del Realismo y el Naturalismo.

Los traductores, como recreadores de una obra escrita en otra lengua, asumen el riesgo de la copia de los retratos originales y que, como puede comprobarse a lo largo de los análisis, van desde el mimo y la atención a los detalles, a la falsificación por los motivos más variopintos. Hay que destacar la atención que Carmen Gómez García, Elia Maqueda, Lorena Silos o Jorge Braga dedican en sus análisis a los detalles lingüísticos de los originales como pueden ser la prosodia, las figuras retóricas de los retratos, la puntuación o los rasgos dialectales, siempre tan difíciles de adaptar, en las comparaciones y comentarios de los retratos y sus traducciones.

Como escribió Borges en *Las versiones homéricas*: «Ningún problema tan consustancial con las letras y con su modesto misterio como el que propone una traducción». ¿Qué significa hoy que Effi Briest se columpie en un jardín, que le crezcan las uñas a Madame Bovary al poco de comenzar la novela o que Hauke Haien grite a las olas del mar? Son los modestos misterios de las letras que los traductores deberían conocer. Estos dos volúmenes editados por Isabel Hernández están repletos de misterios resueltos que, sin duda, servirán como testimonio de un nuevo pacto entre traductor y lector, de una ley por fin escrita.

Fernando J. PALACIOS LEÓN